

## PERIODO COLONIAL

ARMAS ASÍN, Fernando (ed.), *La invención del catolicismo en América. Los procesos de evangelización, siglos XVI-XVIII*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, 2009, 258 pp.

¿Es la evangelización de América un proceso histórico acabado? Posiblemente no, sobre todo si consideramos los testimonios que señalaban a América Latina como uno de los bastiones del catolicismo en los años ochenta o las cifras que indican el repliegue de la fe cristiana en esta parte del mundo. Aun cuando podamos lanzar interesantes hipótesis sobre el futuro del catolicismo y de la religión en el continente, más interesante es conocer los orígenes de esta dinámica y el proceso de adopción del cristianismo. Para ello, nada mejor que la reciente compilación de Fernando Armas, en la que nos invita a recorrer de la mano de diez especialistas el camino de dificultades y triunfos de la cruz en América.

Un primer requisito para esta tarea es, como lo señala el compilador, desprendernos de ciertas ideas y presupuestos al abordar el tema de la evangelización americana. Ni la evangelización española fue homogénea ni tampoco difirió radicalmente de su homóloga portuguesa. Aunque puede sonar a cliché, sería mejor remitirnos al término «las evangelizaciones americanas», en la que cada una de ellas fue desarrollada con mayor o menor intensidad según el territorio, el celo de los religiosos, la presión de las autoridades o la recepción de la población local. Y en la tarea de investigar cómo penetró (o no) la fe cristiana en el territorio americano los investigadores estamos tan indefensos como los primeros religiosos que se enfrentaron a lo vasto y complejo de las selvas, desiertos y sierras escarpadas del nuevo continente que tuvieron ante sus ojos a partir del siglo XV.

Ya sea que se trate de reducciones, centros poblados o misiones, cada uno de los microespacios en los cuales los religiosos buscaban esparcir la buena nueva se convertía en un magnífico laboratorio. Ello explica la heterogeneidad de las estrategias y prácticas con que los hombres de Dios buscaban hacer su trabajo, pero también los resultados, muchos de ellos confusos y a veces desesperanzadores. Imposible de cuantificar, pese a que algunos buenos pastores de almas se jactaban de bautizar a más naturales por día que cualquier otro, el proceso de aceptación de la fe por parte de la población nativa es uno de los misterios que continúa intrigando a los investigadores.

Creo que no me equivoco si señalo que este libro condensa casi medio siglo de investigaciones dedicadas a la evangelización en América. Esta corriente de estudios,

que se inicia poco después de los años cincuenta, es impulsada por una suerte de *revival* del legado hispánico en el ámbito cultural y, por supuesto, el espiritual. A partir de entonces, y retomo nuevamente por el cliché, ha corrido mucha agua por debajo del puente. Suman miles los documentos consultados que nos han permitido no solo conocer mejor el proceso de evangelización sino reinterpretarlo a medida que aparecían nuevos papeles, nuevas tendencias metodológicas y nuevos intereses. El momento de apogeo de estos estudios sobre la religión colonial andina ocurrió desde mediados de los años ochenta hasta inicios de los noventa cuando en el Cusco se concentró un notable grupo de investigadores alrededor del Instituto de Pastoral Andina y el Centro de Estudios Regionales Andinos. Ambos centros contaron con dos destacados organizadores, que terminaron por impulsar los estudios sobre religión: Alberto Flores Galindo y Enrique Urbano.

Si hago mención a este episodio historiográfico es para destacar que Fernando Armas ha continuado con esta tradición que pensábamos había terminado y que ahora nos complace saber que continúa y se encuentra en mejor situación que nunca. En los casi diez años que ha venido tratando el tema de la religión en el Perú, Armas Asín nos ha entregado destacadas publicaciones en las que se nota un interés por no mantenerse en los parámetros que hicieron temer que la historiografía sobre evangelización se quedase estancada, como pareció ocurrir en los años setenta, cuando se privilegió (y agotó) el enfoque institucional basado en los representantes de la Iglesia. Lo que nos entrega ahora es una compilación muy bien ensamblada que aspira (y de hecho lo consigue) abordar los vectores a través de los cuales han transcurrido las investigaciones sobre el tema religioso en el continente americano.

Son tres, entre muchos otros, los aspectos que yo quisiera destacar de esta nueva publicación que reúne diez ensayos escritos por especialistas de cuatro países (España, México, Brasil y Perú). El primer aspecto es el ámbito global que busca abarcar. Como lo menciona el compilador en la «Introducción», tenemos una «urgencia de su estudio en perspectiva múltiple de tiempos y geografías, estableciendo y delimitando claramente sus procesos» (pp. 15-16). Parecería innecesario recordar lo fundamental de la mirada global, pero consideremos tan solo ya no la urgencia, como lo menciona el compilador, sino la desesperación por escapar a los marcos virreinales y nacionales, que corren el riesgo de convertir al estudio de la religiosidad americana en una suma de piezas.

En segundo lugar, al ofrecer una mirada panorámica al proceso evangelizador en distintas áreas nos permite comprender el proceso en su totalidad y realizar comparaciones entre los diversos lugares en que los religiosos emprendieron su tarea. Por ejemplo, dos de las comparaciones más interesantes son aquellas en las que tenemos los procesos de Brasil y el Perú acerca de la Ilustración, escritos respectivamente por María Saavedra Inaraja y Claudia Rosas. En ambos ensayos podemos percibir las mismas preocupaciones y los mismos intentos de solución de parte de las autoridades: las nuevas ideas que van llegando a los territorios ultramarinos y dos coronas que sienten que la Iglesia está usurpándole su *autorictas* y que se hace necesario establecer ciertos límites. Así, la expulsión de los jesuitas será la respuesta conjunta de ambas coronas.

De manera más general, otros ensayos nos permiten establecer un paralelo en las coordenadas espirituales y mentales de Nueva Granada, el Perú y Brasil. Estas visiones de síntesis son muy útiles ya que son pocas las veces que podemos considerar de un solo tirón un proceso tan complejo como el que describimos.

Finalmente, me parece muy interesante el énfasis puesto en considerar el caso brasileño dentro de la dinámica evangelizadora americana. Por lo general, se suele tratar los procesos evangelizadores hispano y lusitano de manera independiente, cuando en realidad tenían mucho en común, desde el plano ideológico hasta los intereses imperiales detrás suyo, como lo ha demostrado el reciente libro de Fernando Rosas acerca de la creación del espacio amazónico colonial<sup>1</sup>. Los dos ensayos sobre esta área, escritos por Decio de Alencar Guzmán y María Saavedra Inaraja, cubren el periodo comprendido entre los siglos XVI y XVIII y representan la ruptura que se produce con la llegada de la Ilustración, como ya se mencionó anteriormente.

Estos tres aportes permiten una imagen más completa del espacio americano, en comparación con la tendencia a trabajarlo de manera aislada, aun cuando las fronteras nacionales no coincidían con las de las capitanías y los virreinos coloniales.

José RAGAS  
University of California, Davis

BARRERA, Trinidad (ed.), *Herencia cultural de España en América: siglos XVII y XVIII*, Madrid, Iberoamericana/Frankfurt am Main, Vervuert, 2008, 294 pp.

Estamos ante el segundo tomo de publicaciones de un proyecto titulado del mismo modo: «Herencia cultural de España en América: poetas y cronistas andaluces en el Nuevo Mundo, siglos XVI, XVII y XVIII, desarrollado entre 2006 y 2009, siendo el primero publicado por su directora, Trinidad Barrera López: *Herencia Cultural de España en América. Poetas y Cronistas Andaluces en el Nuevo Mundo. Siglo XVI*, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, 2007. Este primero tenía 11 trabajos, y el segundo 13.

Aunque el proyecto incluía en el título la procedencia andaluza de sus autores, no se ha respetado esta vez, y ello es justo con varios de los trabajos (Tirso de Molina o el propio inca Garcilaso no lo eran, ni los cinco estudiados en el trabajo de Marta Barriga). Lo que sí es verdad que entre todas las provincias andaluzas, Sevilla se ha llevado el cetro de la atención estudiosa (Santa Cruz, Diego Dávalos, Diego de Hojeda, Andrés Rocha, Ortiz de Zúñiga), estando también representadas Jaén (Caviedes, Viedma), Córdoba (Pérez de Rivas y el inca Garcilaso), Málaga (Cabello Balboa y José J. Granados) —curiosamente, cada una de las provincias con dos escritores—.

---

<sup>1</sup> Fernando Rosas Moscoso, *Del Río de la Plata al Amazonas: el Perú y el Brasil en la época de dominación ibérica*, Lima, Universidad Ricardo Palma, 2009.

Tampoco es el eje del presente estudio que se trate de Andalucía en sus obras sino del Nuevo Mundo principalmente, y más bien por el tema de la producción escrita en sí misma, y en relación con la amplia historia literaria y de su contexto histórico. Una divisoria que podría tenerse en cuenta en esta miscelánea es el *género* literario (poseía o prosa histórica), por usarse en el título del proyecto y primera publicación del siglo XVI. De poesía *stricto sensu* solamente tratan Arellano, Beatriz Barrera y Catalina Quesada: respectivamente sobre el jienense Caviedes y los sevillanos Diego Dávalos y Diego de Hojeda. De hecho, sobre materia puramente literaria tratan Arellano, Beatriz Barrera, María Caballero —no del todo—, Virginia Gil Amate, Eduardo Hopkins y Catalina Quesada: es decir aproximadamente la mitad de los participantes. Una cierta proporción saliente de los autores se plantean problemas histórico-geográficos, aunque al nivel de los discursos y estrategias narrativas o descriptivas (Gema Arieta sobre «travesías» atlánticas, Trinidad Barrera sobre exploraciones patagónicas, Bernabeu sobre el recorrido desértico del misionero P. de Rivas, María Caballero sobre el diario de viaje de Mutis, e incluso el «recorrido» hispano-peruano de Hernando Pizarro en manos de González-Barrera, y hasta los anales sevillanos de Ortiz de Zúñiga).

La variedad de temática y tratamiento es la característica de esta obra, más o menos interesante según los casos. Debo decir que todos tienen mérito propio, sea por su erudición y nueva información sobre la cuestión en tratamiento, sea por su originalidad. En este sentido tal vez destaquen los de Trinidad Barrera, Salvador Bernabeu, Eduardo Hopkins y Consuelo Varela: cada uno de ellos nos inundan de observaciones minuciosas y aparato bibliográfico. Sin embargo, me han resultado especialmente pertinentes los de Arellano, María Caballero, González-Barrera y Catalina Quesada por suscitar un debate y una propuesta personal. Teniendo en cuenta que se trata de un proyecto de investigación sobre un tema preciso convocado por el equipo, se espera que primen las propuestas novedosas y preguntas sobre la bibliografía y el puro saber.

Con Arellano quedamos prevenidos sobre el tratamiento sesgado que el poeta Caviedes (y otros nombres ilustres americanos: Ruiz de Alarcón, Sor Juana, Balbuena u Oquendo) ha merecido de una corriente interpretativa (con nombres y apellidos: Costigan, García Calderón, Luis A. Sánchez, García Abrines, Ballón Aguirre, Mabel Moraña) que ha insistido en verlo como «criollo» anti-hispánico y crítico colonial, ignorando hechos notorios y cometiendo varias peticiones de principio en su lectura e interpretación. Se trata en este caso de un ejercicio de lectura atenta solamente. María Caballero, en un clarividente y perceptivo texto que no duda en advertirnos de sus vivencias subjetivas y su metodología propia, nos desentraña el proceso como el gaditano Mutis deviene apasionado neogranadino, y de qué modo su atención botánica se impone sobre todo, incluidos sus deberes médicos y sinsabores sociales. Aunque niega que se trate de un escritor apreciable (como se ha pretendido por otros analistas con su *Diario de observaciones... 1760-1790*), la autora nos muestra sabiamente de qué modo la literatura esclarece un texto cualquiera (mitad narrativa y mitad descripción, mitad subjetivo y mitad representativo). Ignoramos por qué a mitad del camino se empeña en mostrarnos una tesis personal sobre su trascendente «ilustración católica» que no aparece clara, a pesar de las muchas citas (más del analista J. Arana que del gadita-

no analizado). González Barrera aborda la obra de Tirso sobre los Pizarro con una sistemática comparada en relación con los textos históricos en que se pudo basar, que nos permite seguirle sin cansancio en cada uno de los pasos argumentativos, y aceptar su tesis de que Tirso se permitió «licencias biográficas» que contribuyeron a la causa apologética familiar, sin mengua de su altura literaria. Finalmente reconocemos en el tratamiento delicado de Catalina Quesada la calidad poética del teólogo épico Diego de Hojeda, en su famosa *Cristiada*, mostrándonos no solamente las barbaridades editoriales cometidas sino los numerosos pasajes y conexiones con Virgilio, Tasso o Milton (totalmente confirmadas en su carácter excepcional), de cuyo contraste y semejanza aprendemos a saborear los versos de un teólogo, sin que nos sintamos marcianos.

Esta selección no indica que no hayamos sido impresionados también por otros pasajes del libro: al conocer los prejuicios pacatos contra Lima del famoso botánico H. Ruiz (en manos de Marta Barriga), la heroicidad vital y literaria al norte del continente de parte del jesuita cordobés Pérez de Rivas (en medio de un comprometido programa apologético jesuita) en manos del experto marino S. Bernabeu, y al sur de parte del comisario Antonio de Viedma por obra de Trinidad Barrera (ambos bien informados), la erudición indigesta sobre el antiguo poblamiento americano por parte del funcionario Diego Andrés Rocha (en dos registros sucesivos de Gema Areta y José Manuel Camacho —literario y erudito— de interesante contraste), la exquisita vida de dos aristócratas sevillanos sin salir de su rica ciudad (el poeta Diego Dávalos en La Paz, y el cronista Ortiz de Zúñiga en Sevilla, tratados respectivamente por Beatriz Barrera y Consuelo Varela), o finalmente la sutil y progresiva libación de las lecturas clásicas del inca Garcilaso, por parte de Eduardo Hopkins.

Tal vez la heterogeneidad de esta obra impide darle un tratamiento uniforme a toda ella, pero —como resultado de todos los trabajos reunidos, aunque variados— puede percibirse mejor un rasgo de todos los procesos de aculturación (en este caso hispanizante), su carácter selectivo y no previsible. Dentro de una gama compartida de rasgos culturales, cada región americana ha seleccionado uso rasgos y desechado otros, dando variedad al evidente «aire de familia» obtenido. Como dijo George Foster en su famosa obra —homónima con ésta que comentamos<sup>1</sup>—, la influencia andaluza marcó la cultura colonial americana con un aire común de familia, aunque no del mismo modo por épocas ni por zonas. Aún así, los varios paralelismos entre la vida andaluza y americana recogidos en varios trabajos permiten esperar nuevos frutos de ensayos comparados como el que nos ocupa. Merecería tal vez la pena en ensayos sucesivos —aplicados a épocas más cercanas— contemplar la influencia en sentido inverso (herencia andaluza de las culturas americanas), y ello tanto en el ámbito historiográfico como literario.

Fermín DEL PINO DÍAZ

Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, Madrid

---

<sup>1</sup> *Cultura y conquista: la herencia española de América* (1.<sup>a</sup> ed. en español), Xalapa, México, Universidad Veracruzana, 1962.

BERNABÉU ALBERT, Salvador (coord.), *El Gran Norte Mexicano. Indios, misioneros y pobladores entre el mito y la Historia*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, 398 pp.

En su último libro, el Dr. Salvador Bernabéu Albert, director de la Escuela de Estudios Hispano-americanos, coordina y presenta diez contundentes investigaciones sobre el desenvolvimiento de la frontera norte del México colonial, centradas en el siglo XVIII. Se trata de una obra editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas a fines del año 2009, y que corresponde al tomo número 3 de la colección *Universos Americanos*, cuyo volumen primero es el libro de Amparo Sánchez Cobos, *Sembrando ideales. Anarquistas españoles en Cuba (1902-1925)*, editado el 2008, secundado por *Juez y parte. La administración de justicia en la Pampa Central. Argentina (1884-1912)*, también del 2008, de la investigadora argentina Marisa Moroni.

El doctor Bernabéu, de larga trayectoria y muchos frutos en los estudios sobre la frontera norte de la Nueva España, ha reunido y entrelazado trabajos que se centran en las relaciones interétnicas entre indígenas y europeos, en las que se cuestiona el concepto de aculturación del indio mediante el rol civilizador de las instituciones hispanas de frontera y se revela la compleja interacción fronteriza, donde el indígena no sólo es receptor, sino actor que reacciona y participa aparte de las famosas «rebeliones», adopta respuestas y se acomoda para obtener provecho de la nueva situación. En palabras de Bernabéu, son indígenas «que supieron adaptarse, resistir y negociar las imposiciones de un cambio cultural extraño, del que lograron extraer algunos elementos, prácticas y estrategias». Este es el hilo conductor de los diez artículos que componen la obra: el indio conocedor de la dinámica de frontera.

Los trabajos presentados forman parte de investigaciones de mayor envergadura de cada uno de los autores, todos ocupados en ese «Gran Norte», como lo llama Bernabéu. Cuentan con una bibliografía precisa y actualizada, y en casi todos ellos se advierte una relectura crítica de las fuentes oficiales o las ya conocidas, para proponer nuevas miradas. Los autores coinciden en ver más allá de la primera capa «literal» de las fuentes y mostrar una frontera compleja en sus relaciones, diversa en cada ámbito territorial y dinámica en el tiempo, con todas las adaptaciones, usufructos y acomodaciones por parte del ya complejo, diverso y cambiante mundo indígena novohispano, del cual, los autores muestran, como dice el coordinador del libro, «un protagonismo creciente». Para acercarnos a su contenido haremos un esquemático recuento, destacando lo esencial de estos trabajos.

Comenzando por las representaciones o imágenes que de este indígena norteco se tenían por parte de las autoridades ilustradas en el México del siglo XVIII, está el último artículo del tomo, cuyo autor es el antropólogo Alfredo Jiménez Núñez, profesor de la Universidad de Sevilla. En «*El bárbaro en la mente y voz del ilustrado: la frontera norte de la Nueva España (siglo XVIII)*» se analiza aquel concepto, aplicado a los pueblos del norte, por su condición de errantes o nómades, antítesis de la vida civilizada. Se trata de la imagen del indio en el discurso de algunos ilustrados del siglo XVIII novohispano, que contiene también un programa o proyecto en torno a su

aculturación. Antes del discurso dieciochesco, se atribuían en forma generalizada características, actitudes y prácticas comunes a todos los pueblos del norte, al mismo tiempo que se reconoce en ellos su capacidad para oponerse efectivamente al dominio español. Pero la documentación refleja visiones españolas sobre diversos grupos indígenas en el siglo XVIII, con sus consecuentes actitudes y tácticas de cooptación según el caso, y al mismo tiempo se reconocen actualizaciones permanentes sobre el concepto que se tenía de los pueblos con los que se interactuaba. Durante ese siglo los españoles demostraron mayor capacidad para reconocer actitudes y motivaciones de ciertos grupos o «parcialidades» que pudieran ser de provecho, y daban cuenta a la vez de la acomodación indígena de acuerdo a sus intereses.

La transformación del concepto generalizado de bárbaro o chichimeca al de naciones de enemigos es tratado por el investigador Christophe Giudicelli, de la Universidad de la Sorbonne Nouvelle-Paris III, en un artículo sugerente: «¿“Naciones” de enemigos? La identificación de los indios rebeldes en la Nueva Vizcaya (siglo XVII)». El resurgimiento de la violencia en dicho siglo en una Nueva Vizcaya ya «pacificada» llevó a renombrar a estos grupos rebeldes, desde el punto de vista español, intentando individualizarlos. Nominarlos (dice el autor, los españoles eran conscientes de la arbitrariedad en ello, pero era una manera de adecuar la realidad social indígena a sus propias necesidades) y categorizarlos —unos más «rebeldes» que otros—, para lograr un esquema o panorama más preciso de un vasto territorio en proceso de ser incorporado de hecho. El patrón para identificar a las «naciones» —tepehuanes, tobosos, salineros y otros— era su grado de protagonismo rebelde, lo que variaba en el tiempo.

Así como el concepto de bárbaro o el de naciones y enemigos, el concepto de misión también es revisado en este libro por José Refugio de la Torre Curiel, de la Universidad de Guadalajara (México), en «*La frontera misional novohispana a fines del siglo XVIII: un caso para reflexionar sobre el concepto de misión*». La historiografía acostumbra a dar por entendido el concepto de misión, referirse a ella como una institución de frontera, hablar de *frontera misional* como baluarte de la presencia hispana, pero no define su carácter. El autor invita a reflexionar sobre este concepto analizando lo que la historiografía ha llamado misión particularmente en la frontera Norte de la Nueva España. Para ello se detiene en dos momentos: la etapa inicial misional y su situación a fines del siglo XVIII. Concluye, luego de comparaciones y presentación de casos, que hubo, desde un comienzo, distintas directrices y abundantes variaciones en los proyectos misionales: cada misión abordaba de manera distinta y con desigual intensidad las funciones de «congregar a una población dispersa, promover el cambio religioso, difundir la doctrina cristiana, propiciar el intercambio cultural, asegurar territorios, frenar avances enemigos, activar la economía de una zona y abastecer trabajadores para áreas vecinas».

Otras miradas para revisar la frontera se abordan en los artículos siguientes. Todos ellos coinciden en mostrar los distintos intereses grupales que convergen en el mantenimiento de una frontera. En «*Guerra y pacificación en las fronteras hispanoamericanas coloniales. La provincia de Nueva Vizcaya en tiempos de los Borbones*», de la investigadora argentina Sara Ortelli, se estudia cómo en algunas fronteras indianas

hubo intereses locales para crear, mantener y manipular guerras, cuando esto beneficiaba económicamente a los hombres de frontera. Aborda el caso de Nueva Vizcaya y la amenaza apache, con profusa y variada documentación, para sostener que «la exaltación del peligro de la guerra apache intentó sostener intereses, conservar privilegios y mantener la relativa autonomía de la que habían disfrutado los poderosos locales desde el inicio del poblamiento de los territorios septentrionales» en la segunda mitad del siglo XVIII, frente a la Corona y sus proyectos pacificadores borbónicos. Amy Turner Bushell presenta el estudio «*Gastos de indios: The Crown and the chiefdom-Presidio compact in Florida*», en donde analiza un sector de la frontera novohispana que ella califica como una anomalía. Florida, sin poblado español, sin importantes atractivos económicos y sobre la base de presidios y misiones —que la cree más parecida a la dinámica de la frontera mapuche-huilliche del sur de Chile—, la manera hispana de asentarse en aquella región y las relaciones interétnicas con sus pueblos indígenas se desarrollaron sobre la práctica del «regalo». Era una modalidad más tenue o menos violenta de conquistar, que en Chile se llamó «atraer» con «agasajos»: la institucionalización del regalo, como gasto fijo o «gastos de indios», conocido también como situado. El trato con los jefes que recibían los efectos elevaba a estos de categoría, al hacerlos distribuidores de los dones entre los de su grupo, y, a la vez, permitía a la Corona proveerse de mano de obra y productos para la manutención de los presidios por gestión de esos mismos jefes.

En la estrategia del gasto de indios comparecen los intereses españoles por pacificar y los indígenas por sacar ventajas en las paces. En los establecimientos de Nueva Vizcaya, donde se asentaron grupos de apaches, mezcaleros y chiricahuas durante algunas décadas a fines del siglo XVIII, convergen también intereses hispanos e indígenas con gran protagonismo de los jefes, como se aprecia en el artículo anteriormente citado. De esto se ocupa Matthew Babcock, en su estudio «*Rethinking the “establecimientos”: Why apaches settled on spanish-run reservations, 1786-1793*», donde revisa el sentido que la historiografía de frontera ha otorgado tradicionalmente a los establecimientos, y propone, con un documentado estudio, que la acomodación a los beneficios mutuos de la paz fueron la tónica —y no sólo el conflicto— en las relaciones entre españoles y distintos grupos indígenas en el área conocida como apache. Raciones, regalos, protección frente a otros grupos indígenas, ventajas en el comercio, como el intercambio de cautivos, asunto que Babcock trata con detalle, fueron valorados como beneficios por grupos de apaches, mezcaleros y chiricahuas, que vieron en los establecimientos una oportunidad y una ganancia.

El libro contiene varios trabajos que hacen balances bibliográficos de los últimos años, precisando los aportes y valorando su calidad, estudios que son un ejercicio fundamental para aquilatar el estado del conocimiento historiográfico, detectar repeticiones, falencias, aportes, pero también escritos sin real peso. La historiadora mexicana Leticia Magallanes se ocupa de los «*Desafíos misioneros jesuíticos en la Tepehuana y la Tarahumara. Un balance historiográfico*», centrándose en los estudios sobre esas regiones de las últimas dos décadas a la luz de la historiografía anterior. Sostiene que ha habido una tendencia a alejarse de la manera tradicional de tratar el tema de las mi-

siones, proponiéndose en su lugar nuevas temáticas y métodos para tratar el complejo y activo mundo misional, como, por ejemplo, los estudios que se adentran en los cambios culturales de pueblos indígenas, que son respuesta a las distintas intensidades del contacto con el proceso colonizador: variación en la demografía, alteraciones en el liderazgo, movilidad indígena, etcétera. Balance historiográfico también hace Salvador Bernabéu en su artículo «*La invención del gran norte ignaciano: la historiografía de la Compañía de Jesús entre dos centenarios (1992-2006)*», donde analiza la producción historiográfica sobre la labor jesuita en el Norte de México en los últimos quince años. El artículo informa sobre las crónicas jesuitas recientemente editadas, y la publicación de cartas y relaciones inéditas o menos conocidas, con ediciones críticas y estudios biográficos de sus autores, todo un material disponible para el desarrollo de estudios regionales y provinciales que, según el autor, siguen haciendo falta. Ello sería decisivo para proponer nuevos temas y enfoques que se ajusten más a la verdad del pasado jesuita nor-mexicano, que en gran medida sigue consultando las mismas crónicas y viendo en ellas un «espejo fidedigno de la verdad». Pero pondera los aportes. Detecta nuevos temas, como el re-estudio del concepto de misión, su sentido en el Septentrión Novohispano y el rol de este Norte en el contexto de las misiones ignacianas en el Nuevo Mundo, o los matices e individualidades de los misioneros novohispanos y de las misiones, la diversidad de las experiencias adoptadas por los indios y por los jesuitas, que dan cuenta de realidades locales distintas. Por ello destaca, sobre todo, la necesidad de microhistorias misionales.

Por último, un tercer artículo también realiza un balance historiográfico, en esta ocasión para aquilatar la figura del padre jesuita Kino a la luz de la Historia Global. El historiador austriaco Bernd Hausberger, en «*El padre Eusebio Francisco Kino, S.J. (1645-1711), la misión universal y la historiografía nacional*», propone repensar la historia de las misiones, en especial de la Compañía de Jesús, dentro de lo que se conoce como Historia Global. Para esto, repasa la ya bastante estudiada biografía del padre Kino, misionero en la Pimería Alta, para ver en ella cómo su interpretación a la luz de la historiografía nacional es limitada, y argumenta cómo él, sus actos y los motivos del proyecto misionero jesuita en los cuales se inscribe, son parte de, en palabras del autor, una temprana globalización.

Para concluir esta reseña, comentaré brevemente el capítulo que dedica la historiadora Patricia Osante a un singular personaje fronterizo y sus circunstancias. La citada doctora, del Instituto de Investigaciones históricas de la UNAM, presenta el trabajo titulado «*Del Cantábrico al Seno Mexicano: José de Escandón en Nueva España*», donde revisa críticamente lo que se ha escrito, o se ha dado por entendido, sobre este personaje nacido en Santander, artífice de la fundación de la colonia del Nuevo Santander, situada en el Noroeste mexicano, a fines del siglo XVIII. Osante revisa la documentación y reconstruye el proceso por el que este hombre crea lazos con sus coeterráneos en Nueva España. Con ellos va forjando su propia fortuna como empresario, y se encumbra en la carrera política hasta lograr ser el gobernador de la nueva colonia, donde fundó numerosas poblaciones y misiones. Sin embargo, su control político e intereses económicos junto al grupo montañés provocaron su destitución por ir en con-

tra de la política reformista borbónica, que intentaba mitigar los intereses personales por sobre los de la Corona.

En fin, trabajos como los reseñados hacen falta para una frontera similar a ésta: la del sur de Chile, que no se extiende en el sentido de los paralelos, como la del Norte de México, sino en sentido vertical, teniendo como hito hacia el sur el archipiélago de Chiloé, enclave español en un territorio indígena más allá del cual no había presencia española hasta el confín del continente. La historiografía fronteriza chilena —anunciada por Álvaro Jara y desarrollada por Sergio Villalobos y sus discípulos desde comienzos de los años '80, cuando este historiador puso fin al «mito de la guerra de Arauco» y acuñó en 1982 el sugerente concepto de «relaciones fronterizas en la Araucanía»—, aún es un campo con muchas posibilidades de exploración y contribución, como lo ha sido de forma más sistemática y con mayor variedad de temas y enfoques la frontera Norte de México, aumentada y enriquecida por este volumen, en el que cada uno de los artículos anuncia temas futuros.

María Ximena URBINA CARRASCO  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile

CRUZ-TAURA, Graciella (estudio, edición crítica y selección documental), *Espejo de paciencia y Silvestre de Balboa en la historia de Cuba*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt am Main, 2009, 262 pp.

Como tercera entrega de la colección de ensayos de cultura de la colonia «Parecos y australes» de la vigorosa editorial Iberoamericana-Vervuert, los historiadores del Caribe hispánico estamos de enhorabuena con la publicación por Graciella Cruz-Taura (Florida Atlantic University) de este amplio e interesante estudio sobre el poema épico más antiguo escrito en Cuba (1608). Muchas son las razones para alegrarnos con esta nueva edición crítica de *Espejo de paciencia* conmemorativa, además, de los 400 años pasados desde su composición. Confieso, sin embargo, que es el carácter histórico e historiográfico de su abordaje lo que, a mi juicio, dota a la obra de un valor añadido como fuente para el conocimiento del devenir de la gran Antilla a principios del siglo XVII y en cuanto medio para rastrear y explicar el lugar del poema en la construcción de la «cubanidad».

Cruz-Taura se adentra en este texto controvertido tanto por su origen (ha sido tachado de ser una elaboración posterior a cargo del grupo de Domingo Delmonte) como por su cuestionada calidad literaria, con el fin de ahondar en una época (los primeros tiempos de la colonia) y un lugar (el oriente cubano) pleno de visitas de piratas y rescates que —con dignas excepciones— los historiadores no hemos frecuentado mucho. La autora detalla las distintas vicisitudes del poema desde su escritura en los primeros tiempos de la colonia (¿?), su hallazgo en la primera mitad del siglo XIX y la compleja cadena de transmisión hasta nuestros días para —gracias a documentación inédita y otros argumentos de peso— ahuyentar las dudas cernidas sobre la datación y

la autoría del texto. Cruz-Taura asevera que Silvestre de Balboa, de origen canario afincado en Bayamo con distintas aspiraciones sociales, escribió en 1608 una primera versión del episodio ocurrido en 1604 cuando contrabandistas franceses secuestraron al obispo de Cuba fray Juan de las Cabezas Altamirano de visita por la zona y el modo en que los vecinos de la citada villa bayamesa vengaron el crimen.

Esta nueva y profunda lectura del considerado texto fundacional de la cultura cubana consta de tres partes: la primera y más extensa se apoya en documentación inédita y dividida en introducción, cuatro capítulos y bibliografía, contextualiza la obra en la Cuba de principios del siglo XVII, la analiza a la luz de la historia política de la isla, valora la recepción del poema entre los historiadores y concluye con una serie de ideas y soluciones respecto a la historia colonial. Un segundo apartado está dedicado a la edición crítica del poema con unos apuntes previos a modo de «guía del lector» en los que Cruz-Taura alude al escenario, los participantes y ofrece una cronología de las distintas ediciones del *Espejo de paciencia*. La tercera y última parte recoge una selección de documentos históricos que acompañan al poema y lo explicitan en cuanto testimonio fehaciente de un episodio convertido en literatura y en referente cultural e identitario.

Por mi parte, quisiera abundar en el segmento más original e interesante de una obra que, conforme a su autora, pretende no solo valorar «la historia del poema y su lugar en la memoria colectiva» sino que insiste en «documentar hasta qué punto esa memoria se basa en la verdad histórica». Partiendo de la veracidad del hecho de la escritura del texto por Balboa y del repaso detallado a la vida de este canario instalado en Cuba, convertido en escribano público y rodeado de un activo círculo literario, Cruz-Taura persigue el análisis histórico de lo acaecido en 1604 y sus repercusiones en una sociedad dominada por el comercio ilegal y las tensiones entre la Iglesia y la Corona que tan certeramente supo captar el autor del poema y que ya antes interesaron a historiadores como José Manuel Pérez Cabrera y Leví Marrero.

Son los capítulos de la primera parte —con títulos alusivos a las peleas y los demonios del eminente antropólogo cubano Fernando Ortiz<sup>1</sup>— los que van revelando (e hilvanando) datos provenientes de fuentes documentales en torno a los protagonistas del poema y sus relaciones confiriéndoles un elevado peso histórico, desde la figura del autor —el escribano Silvestre de Balboa— y el obispo Altamirano y su acompañante el canónigo Francisco Puebla a la persona del provisor de La Habana Luis de Salas, el alcalde Gregorio Ramos, el esclavo Miguel, el pirata francés Gilberto Girón, etc.

Teniendo en cuenta el informe del propio obispo al rey (Bayamo, 2 julio 1604) sobre el rapto sufrido y otros testimonios de personas más o menos relacionadas con lo sucedido —desde el capitán general Pedro Valdés al alcalde Ramos y otros vecinos de Bayamo— vemos surgir temas muy distintos (práctica generalizada del comercio ilegal, pesquisas oficiales para su penalización, rivalidad entre el obispo y el gobernador) que contextualizan y explican los acontecimientos de un poema compuesto con

---

<sup>1</sup> Fernando Ortiz, *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, Santa Clara, Universidad Central de las Villas, 1959.

afán de epopeya defensora de España y aderezado con asuntos de alcance en la época como las tensiones entre católicos y protestantes.

Con sumo interés se leen las páginas dedicadas al hallazgo del poema por José Antonio Echeverría en un texto del obispo Morell de Santa Cruz que dio a conocer Ramón de Palma en 1837, las dudas acerca de su autenticidad por carecer hasta hoy de textos originales que Cruz-Taura conjura con referencias al poema en textos adyacentes, así como sobre su conversión en pieza canónica de la nacionalidad cubana a partir de la década de 1920, proceso que se verá reforzado en otros momentos del devenir histórico de la isla (Constitución de 1940 y Revolución de 1959). No falta la alusión a revisiones más recientes de la obra de Balboa fuera de Cuba, de Florida a Canarias, siendo que la última editada dentro de la isla data de 1962.

Asimismo, nos parece muy esclarecedor el panorama ofrecido en el libro sobre el ya mencionado general desdén de los historiadores por el poema como fuente histórica a pesar de los intentos tempranos de algunos como José María Chacón y Calvo o Irene Wright que sólo el mencionado José Manuel Pérez Cabrera atendió a mediados del siglo XX y de modo excepcional Marrero y Moreno Friginals ya en las décadas finales. Hay que tener en cuenta, por una parte, el escaso cultivo de los profesionales de la historia de los primeros siglos de la colonia en Cuba y la también deficitaria documentación manejada para su contextualización. Así, Cruz-Taura ahondará en legajos antes hallados por otros estudiosos (Mercedes Rivas<sup>2</sup>) gracias a cuyo trabajo la relación entre ficción y realidad en el poema de Balboa se ha transformado para que resulte más factible destilar la verdad histórica que encierra. Consciente de lo que aún queda por indagar, Cruz-Taura se sitúa a la espera de otras investigaciones en los legajos y libros de archivos y bibliotecas que avancen las circunstancias de la escritura del poema y de la realidad histórica en la que fue gestado, en una zona del oriente cubano alejado de la visión estereotipada de marginación y pobreza que se le atribuye.

M.<sup>a</sup> Dolores GONZÁLEZ-RIPOLL  
Instituto de Historia-CCHS, CSIC

CUESTA DOMINGO, Mariano y REBOK, Sandra (coords.), *Alexander von Humboldt. Estancia en España y viaje americano*, Madrid, Real Sociedad Geográfica y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, 396 pp.

La obra de Alexander von Humboldt es tan vasta, tan oceánica, que, a pesar de los muchos estudios que se le han consagrado, siempre se presta a nuevos descubrimientos de parcelas tan sólo entrevistas, a nuevas aproximaciones desde perspectivas hasta ahora inéditas. De este modo, la organización de un encuentro que reuniera a un grupo de investigadores (principalmente alemanes y españoles) para analizar algunos de es-

---

<sup>2</sup> Mercedes Rivas, «“Espejo de paciencia”, entre la historia y la leyenda», *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, 1992: 413-421.

tos territorios poco conocidos del corpus humboldtiano fue una feliz iniciativa que, llevada a cabo por la Real Sociedad Geográfica, desembocó, con la colaboración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de otras entidades públicas (Instituto Cervantes y Embajada de Alemania en España) y privadas (Endesa), en una interesante compilación de trabajos justificada con pasión en su prólogo por el presidente de la institución convocante, el profesor Juan Velarde Fuertes, y coordinada con eficiencia por los profesores Sandra Rebok y Mariano Cuesta Domingo. Ambos se encargaron, además, de escribir a dúo una necesaria presentación, mientras el catedrático de la Complutense se ocupaba de redactar una larga y documentada introducción a la figura y la obra del científico alemán (*Humboldt, viajero geógrafo*).

La colección de los artículos reunidos en torno a la temática común se abre con el firmado por Miguel Angel Puig-Samper, donde se nos revela que la estancia en España de Humboldt es un episodio poco transitado por los estudiosos, pese a ser una pieza esencial en el avatar del futuro viajero y pese a haberle servido también para dejar escritos un par de originales textos sobre la geografía española. El primero, inserto en la obra de Alexandre Laborde, y que aquí se transcribe íntegro, y el segundo, publicado en Alemania en la revista *Hertha* en 1825 y todavía pendiente de una versión castellana. El trabajo conecta con el siguiente, en el que Sandra Rebok nos resume los principales resultados de la que sería su tesis doctoral (recientemente publicada, Madrid, CSIC, 2009), la relación bilateral entre Humboldt y España: la percepción del pasado y el presente de España por parte del científico alemán y la recepción de su obra en la prensa hispana, en los círculos intelectuales, en las instituciones científicas y en los medios políticos durante la primera mitad del siglo XIX.

Manuel Hernández González se ocupa, en un trabajo extenso y ejemplar, pleno de erudición, de la breve, pero muy significativa, visita de Humboldt a Tenerife, con la famosa escalada al Teide (que una errata en el texto de la introducción sitúa en Gran Canaria) y la consiguiente interpretación del volcanismo tinerfeño, un hito miliar en su reflexión sobre las teorías encontradas del neptunismo y el plutonismo que le llevará a valorar más adecuadamente el papel de los cataclismos en la geomorfología de la Tierra.

José Alfredo Uribe Salas analiza, con amplitud y rigor, las relaciones que, en el marco de su intensa experiencia novohispana, mantuvo Humboldt con el Seminario de Minería de México y, sobre todo, con el gran mineralogista Andrés Manuel del Río, el descubridor del vanadio, de quien se cita una hermosa exhortación imbuida del mejor espíritu ilustrado a sus alumnos en presencia del científico alemán: «No todos podemos aspirar a la celebridad vinculada en un mérito del primer orden; pero todos debemos aspirar a la reputación de ciudadanos útiles, cada uno según sus alcances». De Nueva España a Nueva Granada y del español Manuel Andrés del Río al criollo Francisco José de Caldas, Mauricio Nieto Olarte se ocupa de la convivencia entre el prusiano y el neogranadino, quien se movió entre el arrobo ante los espléndidos medios utilizados por Humboldt o ante las perspectivas que le abría la ansiada colaboración científica y una cierta reticencia ante los resultados que podría obtener «un hombre que va a atravesar el reino con la mayor velocidad» y ante los resultados ya obtenidos y publicados por él mismo en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Del continente a las islas, María

Rosario Martí Marco, dentro de una perspectiva filológica, analiza las traducciones del *Essai politique sur l'Île de Cuba*, especialmente la primera de 1827 y la del gran antropólogo Fernando Ortiz de 1930. Por su parte Ulrike Leitner, que ya había dedicado otros estudios a la figura de Humboldt, se ocupa (aunque no solamente de ellos, pese al título del trabajo) de sus diarios, citando diversos ejemplos de los que en su conjunto califica como «un mosaico de su conocimiento científico».

Salvador Ordóñez analiza detenidamente, y con conocimiento de causa debido a su formación, las cuestiones de geología presentes en el relato del viaje iberoamericano de Humboldt, concluyendo en su responsabilidad en la creación de una nueva disciplina, la biogeografía, entendida como el estudio de la flora en relación con la topografía y la latitud, aunque no de una auténtica geología, que sería la obra del inglés Charles Lyell. De otro campo científico que atrajo la atención de Humboldt, el galvanismo, trata el artículo de Xosé Antonio Fraga, quien, con gran erudición e inteligencia, pone de relieve los resultados de sus experimentos realizados a los 28 años y reflejados en un extenso texto de 1797, así como su influencia sobre algunos científicos españoles, como el catalán Francesc Salvà i Campillo o el madrileño Eusebio Bueno Martínez, profesor del Colegio de Cirugía de Santiago, por más que el científico prusiano abandonara prontamente esta línea de investigación.

Dos textos sobresalen por su temática algo tangencial a la línea general del libro. Primero, el trabajo de Alicia Lubowski, que argumenta con convicción la influencia de la literatura humboldtiana sobre la creación teatral europea, a través de sus (muy estéticas) descripciones científicas de la naturaleza tropical y de sus alusiones a las antiguas civilizaciones prehispánicas y a la conquista española de América. Segundo, el artículo de Jürgen Misch sobre la influencia de Humboldt en el descubrimiento del valor paisajístico de la naturaleza americana y, como consecuencia, en los primeros pintores que cultivaron el género, empezando por el alemán Johannes Moritz Rugendas, a quien ayudó a publicar su *Voyage Pittoresque dans le Brésil* (1827-1835) y a quien animó a la realización de la mayor empresa pictórica llevada a cabo por un artista europeo en tierras americanas.

Gran calado ideológico presentan otros tres trabajos. Primero, el de la filóloga Belén Castro Morales, quien nos revela las conclusiones extraídas por Humboldt de la lectura del Inca Garcilaso de la Vega: la idealizada visión que de los incas ofrece el escritor del Siglo de Oro (una civilización que supera la barbarie anterior y prepara el advenimiento de la civilización hispana) no convence al alemán, que da la vuelta a su razonamiento descalificando totalmente a los primitivos dominadores del Tawantinsuyu: «Los incas fueron capaces de ofrecer a los habitantes de América un preludio de lo que sería la sanguinaria furia cristiana sembrada de la mano de los españoles». En segundo lugar, el extenso, documentado y ponderado artículo de Michael Zeuske, donde se tratan diversas problemáticas (que no pueden aquí ser atendidas), pero sobre todo de la posición de Humboldt ante la esclavitud, especialmente (aunque no sólo) a partir de su capítulo del *Essai politique sur l'Île de Cuba*, considerado por el autor como «la más importante prédica liberal contra la esclavitud en el mundo atlántico en el siglo XIX». Y, finalmente, la revisión crítica de la obra y la propuesta por parte de Ottmar Ette del concepto de

«ciencia humboldtiana» (presente desde sus *Vues des Cordillères* hasta su *Cosmos*), una ciencia que siempre aparece «bajo el lema de la libertad».

En suma un excelente volumen, que se cierra con un valioso apéndice, la reproducción del «Biaje de Quito a Lima de Carlos Montúfar con el Barón de Humboldt y Don Alexandro Bompland», recogido en su día por Marcos Jiménez de la Espada en el *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid*, más una selecta bibliografía (en la que quizás hubiese sido oportuno separar las obras de Humboldt de las restantes) y unos cuidados índices (de topónimos y onomástico). Un broche de oro a un espléndido libro lleno de enseñanzas, tan variadas como variada fue la aportación científica de Alexander von Humboldt.

Carlos MARTÍNEZ SHAW  
UNED

MORELLI, Federica, THIBAUD, Clément y VERDO, Geneviève (eds.), *Les Empires atlantiques des Lumières au Libéralisme (1763-1865)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, Université de Nantes, 2009, 286 pp.

Este conjunto de ensayos ofrecen al lector una amplia pero concisa visión de los problemas más imperantes en el debate historiográfico sobre las consecuencias de la desmantelación de los grandes imperios coloniales en los cruciales procesos históricos que convergieron al final de la Edad moderna y en toda el área de influencia euro-americana, a uno y a otro lado del Atlántico. Es paradigmático que la obra se enmarque en las polémicas fechas comprendidas entre 1763 y 1865, años que acotan dos conflagraciones bélicas decisivas, la Guerra de los 7 años y la de Secesión americana, encuadre cronológico de un cambio estructural que abarcaría todos los planos, y no solo al ámbito de la cultura política. Este largo proceso de crisis política y social, especialmente reflejado en el cambio de las estructuras económicas existentes o en las manifestaciones culturales e ideológicas, ha evolucionado, en el debate atlanticista más reciente, de ser un corolario del «largo siglo XVIII», el final del Antiguo Régimen, a constituir un período crucial en la transición de los procesos de cambio ideológico y social que se gestaron en el espacio de interconexión euro-americano y que derivaron en la construcción de una nueva cultura política basada en el federalismo, la libertad, la emancipación, la ciudadanía y el triunfo de la soberanía popular. En esta línea hay que destacar las aportaciones que inciden en la necesidad de analizar estos problemas desde una perspectiva global comparada y «conectada», planteamiento teórico y metodológico heredero de la nueva «World History» y que aporta nuevas visiones interdisciplinares sobre todo a la Historia política del Atlántico.

Este enfoque ofrece un panorámico, pero no menos delimitado, análisis del ciclo revolucionario experimentado en algunas emergentes naciones americanas entre las citadas fechas comprendidas entre la Paz de París y 1868. Esta época determinó el final de la dominación de los imperios europeos y el surgimiento de nuevas formas de políticas modernas, basadas, y/o inspiradas en la idea de un gobierno republicano. Su-

puso el cambio desde una alternativa tradicional y organicista propia del Antiguo Régimen a un modelo liberal, que había tomado cuerpo tras la independencia de las Trece Colonias y la formalización de la constitución de 1787. Los artículos recogidos en esta miscelánea describen, no obstante, diversas experiencias de los distintos, y en gran medida nuevos, estados americanos desde una perspectiva comparada. Se describe la ascensión a la modernidad política y los factores que ayudan a comprender la evolución vivida por cada uno de ellos hasta consolidarse como nuevas naciones independientes, resaltando o subrayando las diferencias y similitudes entre los distintos procesos desarrollados en el norte y el sur del continente americano. No por ello hay una falta total de sincronización en algunos acontecimientos de las diferentes repúblicas americanas, sean los casos de Haití, Brasil, o los Estados Unidos. Estas cuestiones se aclaran en una primera sección dedicada a la descripción de las conexiones imperiales y revolucionarias, descritas en cuatro interesantes textos sobre distintas maneras de entender el desarrollo de la ciudadanía. Estos ensayos están amparados en una idea que, también a juicio de los coordinadores de esta obra colectiva, es una de las formas prácticas para acabar con uno de los más tradicionales escollos en la historia de la nación y sus formas republicanas en América: el discurso teleológico de la necesaria progresión hacia la modernidad exportada al espacio Atlántico por el impacto ideológico y cultural de las Luces. Su hándicap se basa en la idea de la expansión de una cultura política desarrollada a la sombra de la Ilustración pero que se extiende de forma jerárquica al otro lado del océano, desde Europa. En el fondo, los análisis no rompen del todo con este modelo difusionista, basado precisamente en esa visión jerárquica del mundo atlántico, aunque matizando unas complejas interacciones existentes entre el pensamiento de la Ilustración y sus implicaciones en la propia revolución americana. Ello se hace notar de forma especial en la consideración intelectual del problema esclavista y el surgimiento del movimiento abolicionista. Esta cuestión se enfoca para el caso norteamericano, estudiándose cómo era la trata de esclavos en el primer caso, en los años inmediatamente anteriores a la guerra de independencia iniciada en 1776, y durante la misma (Marie-Jeanne Rossignol). Se hacen unas revisiones comparativas entre las revoluciones americanas y mexicanas (Erika Pani) y sus consecuencias en el desarrollo de las identidades respectivas. La ruptura con la madre patria y las vinculaciones entre los distintos sectores poblacionales surgidas de la propia disolución del orden colonial están en el trasfondo de la formación de esta identidad colectiva, en ambos casos, aunque con una serie de diferencias que se refieren principalmente a las modalidades de movilización y protesta popular así como la propia concepción de la ciudadanía en el discurso interno de la nación. Una aproximación desde el punto de vista transnacional, alumbra novedosas visiones sobre la influencia de los líderes revolucionarios europeos en la configuración de la república en México, Nueva Granada o algunas regiones del sur de los Estados Unidos, como Florida, en donde se aprecia la confrontación de estas dos Américas, la inglesa y la hispana (Vanessa Mongey). Hay que indicar que estos modelos de análisis del nuevo discurso político se aplican a otras áreas como las Antillas, citándose ejemplos de Puerto Rico, Curaçao o Guadalupe. En el contexto caribeño se señalan distintos temas relacionados

también con el sistema esclavista y las distintas materializaciones del largo proceso abolicionista, incluyéndose, así, capítulos olvidados como el impacto que la temida revolución de Haití tuvo en el proceso hacia la emancipación en otras zonas, como el sur de los Estados Unidos, centrado en una economía esclavista aún a pesar de la abolición del comercio de esclavos en Virginia en 1778 (Alejandro Gómez).

Una segunda sección reúne ensayos que tienen un denominador común: la brusca ruptura política implantada en unos «imperios compuestos» en evolución a unas repúblicas federales, dramática transición que explica los altibajos del período histórico posterior a la crisis de la Monarquía Hispánica de 1808. Se tratan casos especiales, como el federalismo experimentado en Nueva Granada y sus consecuencias (textos de Clément Thibaud y de Daniel Gutiérrez Ardila), o la experimentación de la denominada, y fallida, República Central de la América central (Jordana Dym). En ambos casos, el vacío de poder provocado por la usurpación de la corona española provoca una reivindicación de la soberanía popular en manos de los ciudadanos pero trae a colación las dificultades de la fragmentación del territorio, los problemas para la recomposición del espacio. Estos artículos ilustran diversos intentos de crear asambleas compuestas que derivan en la idealización de la federación o, incluso, de la confederación, aunque los sujetos activos de estos procesos son los pueblos, entendidos como comunidades políticas territorializadas. En estos modelos de federalismo se dan pluralismos institucionales y territoriales, aún dentro del imperio, un modelo federal, no obstante, cuyo diseño ideológico circulaba en el Atlántico a finales del siglo XVIII. La última sección recoge ensayos que hacen hincapié en la preocupación existente en la propia época sobre la necesidad de construir un mundo estable tras el dramático final del Antiguo Régimen. Algunos textos (Lara Lis Schiavinatto y Gabriel Entín) explican los precedentes a la crisis de comienzos del siglo XIX, para los casos de Brasil, dentro de la órbita lusa, y para el caso del Río de la Plata. En el primer caso, surge un discurso ambiguo, o más bien doble, entre la necesidad de la permanencia al imperio y el reconocimiento de una verdadera naturaleza americana. Ambas cuestiones son intrínsecas al discurso histórico de la identidad brasileña, el cual se debate entre la fidelidad colonial y la reivindicación de su prosperidad económica y cultural. Esto último constituyó una razón esgrimida durante la instalación de la corte imperial en 1807 tras la invasión de España y Portugal por el ejército de Napoleón. Para el caso del Río de la Plata, una vez desaparecido el poder real tras este proceso de crisis, se asiste a una puesta en tela de juicio de los propios valores de justicia, orden social y religión sobre los que se asentaba la Monarquía española, siendo así la aspiración a la República una razón o elemento de continuidad ante momentos determinantes como fueron, por ejemplo, las invasiones inglesas de 1806 y 1807. En uno y otro caso, estos procesos surgen como antesala de los movimientos independentistas inminentes, también descritos para el caso bolivariano (Colombia, analizada por Samuel Poyard), o para el caso de Brasil entre 1822 y 1834 (Andréa Slemian). En ambos patrones se ejemplifica, o se modela, una posible monarquía constitucional. Como conclusión, la formación de una imagen de identidad, la compleja delimitación de las fronteras nacionales, el confederalismo, los problemas derivados de los intentos de restablecimiento de la

monarquía, aún en su acepción constitucional, son procesos que se entrecruzan de forma compleja para comprender, en definitiva, la transición entre la concepción imperialista de la legitimidad y la revolución que supuso el traspaso de la soberanía popular y el cambio en el concepto de ciudadanía en América.

Ana CRESPO SOLANA  
Instituto de Historia-CCHS, CSIC

TARDIEU, Jean-Pierre, *Cimarrones de Panamá. La forja de una identidad afroamericana en el siglo XVI*, Iberoamericana, Vervuert, Madrid-Frankfurt am Main, 2009, 288 pp.

El presente trabajo nos ofrece una nueva y valiosa aportación del historiador Jean-Pierre Tardieu dedicada en esta ocasión al fenómeno del cimarronaje en Panamá en el siglo XVI. No es la primera vez que el autor incursiona en esta apasionante temática, por la que se muestra especialmente interesado. Por el contrario, le preceden numerosos trabajos relacionados con la negritud y sus diversas manifestaciones, tales como «Le marronage à Lima (1535-1650): atermoiements et répression», *Reviste Historique*, CCLXXVIII/2, 1987, «L'affranchissement des esclaves aux Amériques», *Reviste Historique*, CCLXVIII/2 y *El negro en la Real Audiencia de Quito, siglos XVI-XVIII* (Quito, 2006), por citar sólo algunos ejemplos. Todos ellos lo avalan como uno de los especialistas más cualificados en este ámbito de estudio que cuenta ya con numerosos seguidores, casi una legión, encabezados por autores de la talla de Fernando Ortiz, José Antonio Saco, Armando Fortune, Frederick P. Bowser, Richard Price, Carlos F. Guillot, M.<sup>a</sup> Luz Montiel y tantos otros.

Desde los comienzos mismos de la trata negrera, el esclavo africano mostró su rechazo contra el sistema de explotación y dominio al que se vio sujeto por la fuerza. Como subraya Armando Fortune, en su ya clásico trabajo titulado *Los negros cimarrones en Tierra Firme y su lucha por la libertad* (Panamá, 1971), «contrariamente a la creencia ampliamente admitida, tanto entre los blancos como entre al gente de color, la masa negra no aceptó dócilmente y sin protesta la subyugación despiadada y la dominación autoritaria de los blancos... Las rebeliones que tuvieron lugar en el Istmo, al igual que en otras partes de América, demuestran claramente que la docilidad de los esclavos negros no es ni ha sido más que un mito».

La presencia de los africanos en Panamá adquiere una extraordinaria importancia. Sin duda, ellos convierten al istmo en el primer territorio americano de población predominantemente negra y esto acaece un siglo antes de que surjan las grandes concentraciones de esclavos en las Antillas menores, francesas e inglesas, de la que siempre se diferenciaría la ciudad de Panamá por la facilidad con que los esclavos lograban su manumisión y su inserción en la sociedad colonial y por la frecuencia con que emparentaban por medio de matrimonios interétnicos con los blancos. También son ellos el motivo de una de las mayores preocupaciones de los vecinos y de las autoridades: la

temprana presencia de grupos cimarrones, en alianza con los corsarios ingleses, contra los que se emprenden verdaderas campañas militares, especialmente la conocida como «guerra del Bayano».

Como es bien sabido, uno de los lugares de la América hispana donde el cimarronaje adquirió mayor virulencia fue, sin duda, la región del istmo panameño en el siglo XVI y muy especialmente en el periodo comprendido entre 1549 y 1582. A partir de ese año, que marca el sometimiento de los negros del Bayano, tras la rendición de Antón Mandinga, el cimarronaje pierde la agresividad que lo caracteriza tiempo atrás dando un cierto respiro a la agitada existencia de la población española. Fácil es de comprender que ante estos peligros, las «ordenanzas para los negros huidos» dictadas por los gobernadores y Audiencias americanas y sancionadas por el rey fueran todas ellas de una gran severidad. Aunque estas Ordenanzas se dictaron en diferentes épocas y lugares, fue la Real Audiencia de Panamá la que entre 1571 y 1574, y como consecuencia de las actividades del corsario Francis Drake, reunió las disposiciones que ya existían sobre la materia y las actualizó formando un cuerpo legal definitivo para tales delitos. Posteriormente estas disposiciones quedaron recogidas en la Recopilación de las Leyes de Indias de 1680 y constituyeron el cuerpo legal vigente hasta 1789, año en que se redacta un nuevo Código negrero para las provincias americanas.

Tras una oportuna introducción, a lo largo de cinco capítulos, seguidos algunos de ellos de anexos documentales, Jean Pierre Tardieu repasa el fenómeno del cimarronaje en la gobernación de Castilla del Oro, desde sus primeras manifestaciones, en el periodo ya citado. Las actividades de los negros alzados comenzaron tempranamente en toda América. En lo que respecta al istmo de Panamá, ya en la década de los veinte todos los testimonios de los que disponemos señalan la existencia de negros huidos de sus amos y de brotes rebeldes que constituyen un incipiente peligro para la seguridad de los precarios establecimientos españoles del Istmo y para su tránsito. Pero no será hasta 1530 cuando se produce el primer levantamiento de negros realmente serio. Tiene lugar en Acla, el pequeño puerto costero del atlántico en donde se concentra una numerosa población de color empleada en el laboreo de las minas de oro. Ellos planean asesinar a sus amos, emprendiendo posteriormente la huida a las ruinas del asiento español de Santa María de la Antigua del Darién, que constituyó probablemente el primer palenque cimarrón de Castilla del Oro. El autor analiza en su obra las diferentes etapas de la guerra cimarrona, partiendo del primer movimiento cimarrón organizado y bien documentado que encabeza en 1549 Felinillo, un negro ladino empleado en las pesquerías de las islas de las Perlas como «capitán de negros de concha» y que fue sofocado con enorme dureza. Pero, como subraya Guillot (*Negros rebeldes y negros cimarrones*, Buenos Aires, 1961), «la derrota de Felinillo no tuvo mayor significación que el demoler un hormiguero en un campo plagado de ellos». En efecto, por estos años ha surgido un nuevo líder que aglutina eficazmente a los negros rebeldes de la costa atlántica. Es Bayano, un rey africano, ladino y muy astuto, que ejerce su liderazgo de manera irresistible hasta llegar a aglutinar en torno a su jefatura a más de tres mil negros y negras que buscan refugio río Chepo arriba en las faldas de la cordillera de San Blas, en donde instalan su palenque, un microestado al estilo africano.

Ellos ponen en marcha un conflicto abierto, conocido como «la guerra del Bayano», que registra en 1555 uno de los brotes más virulentos. En efecto, en la fecha citada se produjo en Panamá una sublevación tan importante que el virrey del Perú, marqués de Cañete, a su paso por la ciudad para hacerse cargo de su gobierno, tuvo que tomar cartas en el asunto poniendo al frente del destacamento español al famoso capitán Pedro de Ursúa. Tardieu analiza las diferentes etapas de este conflicto y sus aspectos más relevantes, comenzando por los personajes, y siguiendo por las estrategias militares y por la peculiar organización del «reino» africano instaurado por Bayano. En el siguiente capítulo, titulado *Cimarrones y piratas* el autor se centra en el análisis de esta peculiar alianza que caracteriza a la segunda etapa de la guerra del Bayano, mucho más peligrosa, si cabe, que la anterior desde el momento en que los cimarrones prestaron sus servicios como guías y aliados de los corsarios que asolaban las costas del país. El proceso culmina en la década de los ochenta cuando los diferentes grupos cimarrones del istmo sean reducidos y congregados en los pueblos de nueva fundación de Santa Cruz la Real y Santiago del Príncipe con la ventaja de numerosas exenciones y privilegios para facilitar su arraigo. El autor observa con detenimiento el proceso, al tiempo que nos ofrece un acertado y completo análisis del componente poblacional y su origen étnico, desvela los nombres y estipendios de sus doctrineros, así como los gastos para su sostenimiento, incluidas las ayudas en víveres y ropa, entre otros interesantes aspectos. A fines de siglo la rebeldía negra aparentemente quedaba sofocada en todo el istmo. No obstante, en años posteriores el peligro cimarrón motivado por la abrumadora presencia africana y su innata capacidad para buscar nuevos mecanismos de resistencia constituye todavía, como indica el autor, «el cuento de nunca acabar».

La obra que reseñamos se cierra con un capítulo dedicado al «Plan de reducción de los negros horros por fray Miguel de Monsalve» en el que el autor desvela el desconocido proyecto de este dominico de reminiscencias lascasianas para los negros horros del istmo de Panamá que se debate en el último tercio del siglo. Como él mismo señala, se trataba de imposibilitar la ayuda y protección que prestaban los negros horros de Panamá a sus hermanos cimarrones concentrando a aquellos en una especie de gueto en una isla cercana a la costa en donde trabajarían suministrando víveres y alimentos al puerto de Panamá. El autor se pregunta si este proyecto utópico estaría relacionado con la famosa isla de Tomás Moro, al tiempo que reflexiona sobre la posible influencia del mismo en las constituciones elaboradas, años después, para los pueblos de Santiago del Príncipe y Santa Cruz la Real.

Como puede apreciarse en esta apretada síntesis, se trata de una obra interesante, bien documentada y enriquecida por numerosos gráficos e ilustraciones, sobre el fenómeno del cimarronaje en el istmo de Panamá que debe ser recomendada para los estudiosos de la «tercera raíz de América».

Carmen MENA  
Universidad de Sevilla